

Desde que René de Penhoel se encontraba en medio de la inundacion, el trabajo desesperado á que se entregaba y los mil ruidos que le rodeaban le impedían reconocer la direcccion de los gritos de agonía. Oíalos aún, pero muy débilmente, y aquellos gritos lejos de acercarse parecían alejarse cada vez mas.

El señor de Penhoel hacia esfuerzos increíbles por detener ó cambiar la marcha del barco; pero estaba en el lecho del Oust y no llegaba al fondo.

El primer relámpago que rasgó las nubes le mostró á Penhoel la doble colina ya en lontananza. En torno suyo la inundacion estendia su vasta sábana de agua.

Cesó de maniobrar con el gancho y prestó oído. Los gritos de agonía no llegaban hasta él.

Entonces arrojó el gancho en el fondo de la barca y se sentó desalentado en una de las bandas. El sudor inundaba su frente; mezclábanse confusos sus pensamientos y faltábanle las fuerzas.

—Señor, dijo cerca de él la voz tranquila del barquero de Port-Corbeau, vamos directamente á la barra de la Dama Blanca.

Penhoel levantó la cabeza y esperimentó como un supersticioso movimiento de terror al ver á su lado la elevada y sombría estatura de Benito Haligan. No creía en los brujos, pero no en vano se es hijo de las campiñas bretonas. Llega una hora en que el hombre recuerda las terribles historias que mecieron su infancia. La fibra de lo maravilloso, esa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. YES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VIII.

## LA INUNDACION.

La barca en que René de Penhoel acababa de entrar acompañado de Benito Haligan el Brujo, era un grosero y pesado barco que habia servido mucho tiempo, y cuyos maderos, mal cuidados, daban paso al agua.

La corriente lo arrastraba rápidamente en direcccion de los pantanos de Glenac. El gancho de René, demasiado corto, tocaba apenas el fondo del lecho del Oust. El barco bogaba á la ventura.

Benito Haligan permanecía de pié é inmóvil en el centro como si hubiera bastado para la tranquilidad de su conciencia compartir el peligro con su señor.



misteriosa cuerda que existe en el fondo del corazón de todos los bretones y que no se agita más que al pensamiento de las cosas del otro mundo, puede permanecer muda mucho tiempo y vibrar repentinamente en la conciencia asombrada.

El barquero adquiría en aquel momento á los ojos de Penhoel una estatura sobrehumana. Penhoel tenía ante los ojos un velo á través del cual podía percibir el enorme fantasma de la Dama Blanca meciéndose sobre el abismo vacío.

—¡Tal vez hayan llegado antes que nosotros esos pobres desgraciados! murmuró estremeciéndose.

El barquero no respondió.

Su voz, que la vejez entrecortaba ordinariamente, parecía firme y grave en aquel momento.

Un sentimiento de que Penhoel no hubiera sabido darse cuenta le impedía implorar el auxilio de su lúgubre compañero.

—¿Sabeis dónde están? preguntó al fin.

—Sí, contestó Benito.

—Y bien, ¿por qué no tomáis el gancho?

—Porque no me lo habeis mandado..

—¿Qué necesidad hay?

El barquero le interrumpió.

—Penhoel, dijo con tono triste, no me restan muchos días de vida... mi cuerpo es vuestro, pero quiero salvar mi alma: os he dado un buen consejo... es cuanto puede hacer un buen servidor... ¿Persistís en salvar á esos extranjeros á riesgo de vuestra propia vida en la tierra y de vuestra salvación en el otro mundo?

—¡Lo quiero! pronunció René en voz baja.

Pues bien: dadme vuestras órdenes en alta voz para que Dios y el demonio las oigan. Estoy convencido de que no salvaré mi cuerpo.... me matarán esas gentes.... así lo dice la ley misteriosa.... ¡pero la Virgen tendrá piedad de mi pobre alma!

—¿Y yo? murmuró involuntariamente Penhoel.

—Antes de mataros os condenarán.

Hubo algunos momentos de silencio en el barco, que proseguía deslizándose por las aguas arrastrado por su furor.

René de Penhoel se avergonzó.

—¡Todo eso es una locura! exclamó: toma el gancho y trabaja.

—¿Me mandais que los salve? dijo el anciano Benito con voz lenta y enfática.

—Te lo mando.

—¿Una vez?

—Sí.

—¿Dos?

—Sí.

—¿Tres?

Penhoel hirió con el pié las abiertas planchas del barco.

—¡Ciento! exclamó: dejando morir sin socorro á los cristianos es como se entrega el alma á Satanás! ¡andal....

El barquero tomó de un rincón del barco la pala



para echar el agua fuera, sirviéndose de ella como de un remo para abandonar el lecho del río, donde el gancho no hubiera hallado fondo. La pesada barca cedió lentamente á este esfuerzo, giró por última vez sobre sí misma y entró en una corriente mas tranquila.

Haligan cogió entonces el gancho, encontrando fácilmente el fondo. El barco bogaba sobre las grandes praderas que antes hemos visto cubiertas de ganados.

—Ten cuidado de no equivocarte en el rumbo dijo Penhoel, porque debemos estar muy lejos.

—Estamos enfrente de la aldea de Glenac, en la mitad del camino de la Dama Blanca y de Port-Corbeau. Si llego á caer en una contracorriente tardaremos mas tiempo en subir que hemos tardado en bajar.

Hablando así maniobraba con celo. La noche era tan profunda que no se percibía absolutamente nada en torno del barco, y sin embargo, ninguna duda se advertía en la maniobra de Benito el brujo. Iba siguiendo en las tinieblas un rumbo directo é invisible. Ninguno otro que él hubiera podido reconocer los indicios vagos y misteriosos que le servían de brújula.

Penhoel de pié, en medio del barco temblaba de frío, devorando su impaciencia.

—Desde el tiempo que hace que bogamos, dijo, ya debiéramos haber oído sus voces.

—No se tardará mucho, replicó el barquero; sé

dónde voy como si estuviéramos alumbrados por el sol....sé dónde están como si los viese.... Escuchad.

Penhoel prestó atención con avidez, pero no pudo oír otro ruido que el espantoso de la tempestad.

—Hay tres cosas posibles, dijo el barquero: han sido arrastrados por la corriente, han ganado á nado la orilla opuesta ó se han acogido á los grandes árboles que costean la pradera en el camino de Redon. Si están en los árboles los vamos á oír ahora mismo.... Escuchad otra vez.

Aquella vez en efecto un grito débil y apenas perceptible llegó á los oídos de Penhoel.

—Adelante, exclamó, despertado repentinamente por aquella voz de agonía.

Sus manos tentaban el fondo de la barca para buscar otro gancho.

—Tened paciencia por algunos minutos, murmuró el anciano, porque tendreis toda vuestra vida para llorar la acción de esta noche.

—¡Adelante! ¡adelante!

El barquero no trabajaba ni menos ni mas. Iba tan pronto á la derecha como á la izquierda, inclinando sobre su flexible gancho, navegando con una destreza increíble en medio de las mil corrientes que se atravesaban sobre la extensión de los pantanos.

El viento empujaba la barca. Oía-se ya distintos y fatigados los gritos de los desgraciados que se ahogaban. Penhoel formó con los manos una especie de bocina para responderles.



Dos ó tres minutos mas y el barco tocaba las ramas de los árboles.

Roberto y Blas estaban con el agua hasta los hombros.

Colgábanse con las manos á los vacilantes troncos de dos grandes árboles y sentian el nivel de la inundacion subirles hasta la barba.

Desde que la primera irrupcion de la inundacion los habia arrastrado violentamente, ninguna voz habia respondido á sus gritos de agonía y desesperacion.

En medio de aquellas terribles tinieblas que los rodeaban, no distinguian el menor rayo de esperanza.

Nada mas veian que la espuma que los rodeaba, y la espuma subía, subía á los troncos de los árboles, que se desgajaban bajo el peso del agua como las flores al impulso del viento.

Sus manos se crispaban en torno de sus débiles apoyos. No se hablaban. Gritaban.

Cuando la voz de René llegó hasta ellos por primera vez, hacia mucho tiempo [que duraba su agonía. Sus estendidos brazos iban debilitándose y sentian con desesperacion llegar el cercano momento en que les seria forzoso soltar sus áncoras de salvacion.

Ambos callaron á la vez.

—¿Has oído? preguntó Roberto, que no se atrevia á creer lo que sus oidos habian escuchado.

—¿Sí, respondió Blas; pero nos encontrarán?

—Aun están muy lejos y yo no tengo fuerzas.

—Me parece que tengo muertos los dedos.

Recobraron ánimo y lanzaron á la par un grito sonoro.

Aquel llamamiento tuvo como un eco, débil todavía, pero distinto.

—¡Vienen! dijo Roberto con vehemente alegría. Si Dios nos salva, Blas, no será preciso hacer penitencia viviendo como cristianos.

—Por mi parte lo prometo, dijo Blas con la mayor sinceridad.

—Y yo lo juro.

La voz del invisible salvador se acercaba.

—¡Hola, decial valor! sosteneos!

—¡Socorro! ¡Socorro! gritaron á la vez Blas y Roberto.

Comenzaban á oír el ruido del gancho apoyándose contra la barca.

—¡Oh sí, replicó Roberto; quiero cambiar de vida! ¡basta de mentiras!...

—Nada de robos, añadió el Zalamero, arrepentido y penetrado.

—¡Vida honrada!

—¿Qué importa la pobreza cuando se tiene buena conciencia?

El agua proseguia subiendo y ya les llegaba casi á la boca. Hablaban de buena fe.

Trascurrieron algunos segundos. Roberto distinguió el primero en la sombra la forma de la barca. Aquella bienhadada vision llevó una notable reforma á su espíritu de penitencia.



—¡Atención! murmuró; quizá esto sea lo mejor y podamos entrar en Penhoel por buena puerta.

—¿Piensas todavía en eso? dijo Blas, que conservaba su acento contrito.

—Mira, contestó Roberto.

El Zalamero á su vez vió la barca.

—¡Ah! ¡diablo! dijo... eso es diferente.

Benito Haligan lanzó la barca hasta los árboles donde estaban nuestros dos viajeros, luego plantó el gancho en la popa, manteniéndose á la mayor distancia posible de los extranjeros. El señor de Penhoel fué el que únicamente verificó la salvación.

Sin embargo, Roberto y Blas no veían á su salvador, tomándolo por algun grangero del país.

Roberto al tocar con el pié el barco habia comenzado á representar su papel con una sangre fria heróica.

—¡Que Dios os recompense, mi buen amigo! dijo sentándose en uno de los bancos, estenuado de fatiga. Salvais la vida á un hombre que esta mañana hubiera podido aún recompensaros espléndidamente haciéndoos el granjero mas rico del país. Pero en estos momentos estoy mas pobre que un mendigo.

—¡Desgraciado señor! suspiró Blas cual doméstico fiel.

—No murmuremos, replicó Roberto; el cielo podia habernos quitado la vida.

—¿Habeis perdido algo? preguntó el señor de Penhoel mientras Benito Haligan bogaba en silencio con direccion á Port-Corbeau.

—He perdido cuantiosas sumas, buen amigo, respondió Roberto tristemente, y para reemplazarlas tengo que esperar mucho tiempo, porque soy de los países que se encuentran mas allá de los mares. Pero por lo que os corresponde á vos, creo que no perderéis nada, pues el señor vizconde de Penhoel me ayudará á pagar esta deuda tan sagrada.

—¿Conoceis al vizconde de Penhoel? preguntó René con admiracion.

Benito Haligan se puso á escuchar con la mayor atencion.

Un paso en falso podia perder allí para siempre al jóven Mr. Roberto de Blois y á su fiel escudero.

Pero su buena estrella no lo abandonó.

—Soy extranjero, replicó, y nunca he visto al vizconde de Penhoel. Pero vengo hácia esta parte de la Bretaña para un negocio que le interesa á él tanto como á su familia, y he creido que no podria menos de agradecermelo. Ahora se han cambiado los papeles y veo me precisado á pedirle hospitalidad, pues es mi único recurso.

Una multitud de preguntas acudian á los labios de René; pero las detuvo para responder únicamente:

—La hospitalidad de Penhoel no se niega á nadie, caballero; vamos á conduciros al castillo.

La barca tocaba el embarcadero de Port-Corbeau; René de Penhoel ayudó sucesivamente á desembarcar á los viajeros.

—Tomad mi brazo, dijo René; la cuesta es incómoda; Benito, sostén al otro extranjero.



—Ni por todo el oro del mundo, respondió el barquero, que se alejó de Blas como hubiera podido hacerlo de un apestado.

Llegó á su cabaña, situada á unos cien pasos de aquel sitio, y descolgó la pequeña linterna pendiente de la puerta.

Luego se volvió hácia Penhoel y sus dos huéspedes, que subian lentamente la colina.

Alumbró con la luz de la linterna el rostro de Roberto, y despues el de Blas, examinándolos durante algunos minutos en silencio.

—¡Penhoel, Penhoel! dijo luego con voz cavernosa y llena de énfasis; lo habeis querido.... Dios os perdone.

Una de sus manos tocaba el hombro de su señor y la otra señalaba á Roberto y á Blas.

—¡El escl.... añadió mas bajo; la ruina y el crimen están aquí. Soy muy viejo, pero veré tres hijas de la Luna mas bajo los sauces antes de morir! ¡Tres nobles niñas! ¡Penhoel! ¡Penhoel!.... La desgracia bate sus alas sobre vuestra casa; ¡ay de vos!....

Roberto no habia podido menos de estremecerse al saber así de improviso el nombre de su salvador. René, á quien la sorpresa habia dejado en la mas completa inmovilidad, se volvió hácia el barquero con cólera; pero éste se dirigia ya á pasos precipitados hácia su cabaña.

Al marchar murmuraba:

—La desgracia está sobre él.... y tambien so-

bre mí.... Pero tendrá piedad de mi alma la Santa Virgen.

Entró en su casa, colocando lo mejor que pudo la puerta en los goznes.

Cuando Penhoel y sus huéspedes pasaron por delante de ella, estaba ya sólidamente barricada.

